

Oíd conmigo, este grito, el más hon- do, que nace de la entraña materna. Y con el escalofrío que nos hiere, busque- mos, como en una selva oscura, de dón- de nos llega el grito. Es un grito ale- mán, no importa. Es de una madre ale- mana, no importa. Es el grito de una madre. Busquémoslo dentro de la espe- sa tragedia.

Un corresponsal ruso de la guerra re- lató hace unos días el encuentro en una ciudad alemana —de donde, como del infierno huía una multitud despavorida — con un trineo rezagado arrastrado por una mujer joven, al cual seguían dos ancianos llorosos.

El trineo, dentro del aire glacial que mordía todos los cuerpos, arrastrándose penosamente cargado de colchas y fra- zadas, escondía una cosa; una cosa, que el grito crudo de la madre, denunciaba: "Mein kind!! Mein kind!!"

Detened conmigo vuestro pensamien- to, en esta desnuda estampa de la gue- rra. No penséis por un instante, en mi- les de niños rusos masacrados por la vandálica avalancha nazi. No os acor- déis de tanto relato, que eriza la piel. Deteneos y oíd conmigo este grito, que quemando la nieve blanca que envuel- ve todo el paisaje, tiene fuego aún para quemar nuestros corazones alejados. Mein kind!! Mein kind!!

Allí va la pareja rezagada, con los ojos vidriosos y reseco, casi arrastrán- dose junto al trineo: con el abuelo y la abuela, ya agobiados; y al frente, la hija, más fuerte tirando del cabestro.

En el centro de esta cruel estampa, hay algo que no se ve pero que se pre- sienta; algo tibio, dulce y tierno, y que en ese mismo instante quizás duerma. Algo, grande en su pequeñez; algo sa- grado e inviolable frente a la masacre; algo dulce frente a la amargura; algo tierno frente a la brutalidad. Bien abri- gado, tembloroso, es el corazón de un niño, el que, esos tres seres destrozados,

Mein Kind!! Mein Kind!!

(Especial para "MARCHA")

van resguardando.

Allí atrás —¿lo véis a través del hu- mo y la llama?— ha quedado un hogar deshecho y vacío, miles de hogares. Allí atrás, al huír, todo ha sido abandonado. Aquellas cosas que tanto habían queri- do, los muebles, la platería reluciente, los cuadros de los antepasados, alhajas y cerámicas, y los dulces recuerdos guardados en el fondo del arcón. Pero algo no pudo quedar; algo que mientras lo cuidaban y arropaban, hizo que den- tro del pánico, se quedaran atrasados los únicos habitantes de la casa: Es el niño.

Allí, mientras tiemblan los prófugos ante el horror que avanza —¡cuántas co- sas ha relatado el alcalde y los guardias de asalto de la terrible crueldad bol- chevique!— algo permanece quieto, es el dulce sopor de un sueño sin sobre- saltos; algo ajeno a la explosión y a la ruina crece y se abre como un ca- pullo, y sonrío a la vida: Es el niño.

Allí, en la casa destartada que ya no tiene vidrios, y donde el viento de hielo ha sido el primer intruso que ha violado la quietud hogareña, allí aden- tro, en su cuna de madera colgada de tules late un corazón que mañana va a decir, balbuceando un nombre que en todas las lenguas se parece: mamá, ma- ma, maman, mamy... Es el niño.

Dejemos a un lado el cruel pensa- miento de la represalia. No pensemos en Londres, en Coventry, en Lidice, en la blanca y serena Ucrania, ni en pueblos de Francia, de Bélgica y de Grecia. De-

jemos atrás ese pensamiento que nos atenace, no por el padre, que habrá lu- cido su ferocidad nazi en otras aldeas; no por el abuelo que quizás antes, en la otra guerra, la habrá ejercido; ni por la abuela y la madre sojuzgadas al im- perio de la crueldad. Dejemos a un la- do el puñal de la venganza para medi- tar frente a esa pequeña cosa arrebuja- da, en la tibieza de las plumas.

Dentro de la catástrofe apocalíptica que envuelve el mundo, levantad esta estampa. Estampa luminosa, como lo fuera otro día la de otro niño, hace casi dos mil años, mecido en un pesebre. Pe- ro éste conoció la estrella guiadora, y junto a las bestias, la adoración de los pastores y los reyes. Y este otro niño, en idéntico y tibio sueño, se mece sobre el hielo, y truena el cañón sobre su sueño.

Pero iguales son estos niños. Iguales a miles de niños que quizás, del dulce sueño hayan pasado al sueño angélico, destrozado el cuerpecito por los escom- bros. Niños dormidos junto a los pe- chos que cargan la dulce leche, sin sa- ber nada de la ruina, que como un man- to negro, cubre sus vidas en flor. ¡Niños tiernos del mundo!

Esta estampa de amargura que he- mos destacados de la fugaz crónica gue- rrrera, no la traemos al comentario para herir una nueva fibra de los corazones sufrientes, sino para buscar en ella el símbolo en donde se encierra la clave milagrosa que dará la salvación del mundo del mañana.

No pensemos en hombres, en pueblos,

en ciudades, en países; no pensemos en soldados, capitanes o generales; ni mi- nistros, monarcas o presidentes; ni en sacerdotes, monjes, papas o cardenales. Sobre todos ellos, sobre todas las ambi- ciones, los planes, las conferencias, las convenciones, los tratados; sobre todo que combine el hombre victorioso, está esa pequeña cosa en su cuna: EL NIÑO. El niño tierno, sin patria ni raza; de ojos ceruleos o negros de azaba- che; de bucles rubios o negras guedejas; blanco, moreno, negro o amarillo... EL NIÑO.

Pero miremos algo más en la misma estampa. Un niño cuidado salvajemen- te por la madre; y envuelto, tapado, es- condido de la ruina y del odio que lo rodea. ¡Un niño salvado del odio!

Es ese el símbolo consolador que nos da la estampa del trineo con la preciosa carga, rodando sobre los caminos neva- dos. Allí se esconde el tesoro nuevo del mundo; siempre igual y siempre reno- vado. Salvemos esta carga, envolvién- dola, arrebujiándola en paños y plumas, donde no se deslice el áspero trapo del odio.

Si en la aurora que ya se alza, el ni- ño que recién ha nacido y el que lle- van en sus dolidas entrañas las madres del mundo, puede ser cuidado del odio, envolviéndolos lejos de la mentira y el daño, nuevos días de ventura, jamás conocidos, alumbrarán sobre la tierra. Pero ¡ay! si el niño nuevo, abiertos sus ojos, va a aprender, desde el hogar a la escuela, la terrible y pertinaz lección del odio; del odio repetido y enseñado por doquiera, otra vez se verán huír por los caminos del mundo, miles de madres como esta de hoy, apretando contra su pecho —corazón contra corazón— mi- les de tiernos cuerpos de niños, huyen- do de la masacre. Y una ruina, aún más negra, cubrirá mañana los valles rever- decidos de la tierra.

C. A. HERRERA MAC LEAN